hija y se dirigió al putero. El trapero la reconoció y le dio instrucciones para estacionarse. La saludó y le dio la bienvenida, como si la segunda visita fuera su carta de residencia.

—La otra vez dejó su carro, yo se lo cuidé, yo se lo cuidé…

Al poco rato, bajo la luz de luna que bañaba el baldío que funcionaba como estacionamiento, Everardo y Yu Yu discutían.

—No quiero saber nada más, sólo quiero que me digas dónde has estado.

—Trabajando.

—Hablas como si fueras una puta.

—Algo hay de eso. ¿Quieres ver mis calzones?

—No… no sé –Everardo mostraba justificado nerviosismo.

—Quiero que me devuelvas lo que no te pertenece.

—Es que la hija del patrón se las llevó.

—Perdóname pero no te entiendo. –Don Ezequiel gozaba con la manipulación, un placer que justificaba tanta retórica.

—Tu ropa interior.

—Ah, eso…

El aspecto que mejor truqueaba la diferencia y el travestismo era la peluca. Por eso la llevaba exageradamente bien sujeta. Antes de volver a besar al jardinero se despojó de ella, entonces Everardo comenzó a escamarse. Luego vio el Acura azul de Camelia, luego vio el rostro de Yu Yu, luego vio el neón del Bardahl, luego vio la luna, andrógina y desalmada.

—¿Todo el tiempo fui su burla? –preguntó el jardinero seguro de que venía algo revuelto.

—Perdóname, no te entiendo… ¿Qué quieres, que organice idas a Oaxtepec con las del catecismo? No por ser decente pierdo el derecho a arriesgar, a aventurarme.

—Yo no puedo estar besuqueándome con el patrón.… Porque usted es el mismo… ¿qué no? Ya vi el carro de la señorita Camelia.

—¿Y no te gustaría coger dentro?

Una vez dentro del Acura, Everardo comenzó a jadear y a repetir que la amaba, aunque fuera su patrón; que la amaba, aunque fuera cabrón. De la boca de Amézquita no salió palabra, en cambio germinaba hacia dentro un pensamiento: esto no va a continuar. Y después del pensamiento vino un presagio de caída. Y Everardo seguía repitiendo como plegaria que la amaba. Luego le confesó que a sus afueros la llamaba Azucena, porque él como hombre del jardín sabía que era la flor hermafrodita.

Después entraron al Bardahl y bailaron cumbias, éxitos ochenteros y otras de cachetito. A media canción se besaban aunque Yu Yu no estuviera más. Estaba en la pista para cuidarse que la peluca no se moviera y para a modo de despedida registrar en su memoria el mundo abyecto.

Al acompañarla al vehículo, Everardo siguió con la cantaleta del amor y de la entrega.

Don Ezequiel conservó la paciencia, inclusive mostró algún sentimiento de simpatía. Tierra aden-